



# Gil de Rais

II

## ALQUIMIA Y SATANISMO

Por el Dr. L. M.<sup>a</sup> CALLIS

Hemos dejado al barón Gil de Rais, Mariscal de Francia, buscando una solución para poner remedio a su fortuna, harto quebrantada, por tener que atender a los excesivos gastos que le ha acarreado una vida fastuosa y despilfarrante.

El noble caballero, de inmensa fortuna, valiente y decidido, paladín del honor, defensor y admirador de Juana de Arco, caído en manos de usureros, va en busca de la piedra filosofal.

En tal empeño le ayudan augures, alquimistas y una legión de embaucadores y farsantes.

Pronto, el castillo se convierte en un inmenso laboratorio, y en un centro de estudio de las ciencias ocultas. Ya no es él sólo; sus dos primos y amigos Gil de Sillé y Roger de Bricqueville, así como el sacerdote de su capilla Eustaquio Blanchet, se han contagiado de esa fiebre insana y le alientan y ayudan.

Se pasan innumerables días, con sus correspondientes noches, encerrados entre sus aparatos, en busca del preciado vellocino. Llegan en su ayuda célebres alquimistas, perseguidores de la piedra filosofal, Antonio de Palermo, Francisco Lombard, Juan Petit, etc... pero sólo el fracaso responde a sus desvelos.

La labor que se realiza en el castillo ha trascendido extramuros y se esparce por todas las regiones. Una verdadera peregrinación de magos, brujos e iniciados en estas artes se dirige a la morada del noble barón; los esfuerzos y conocimientos de cada uno de ellos se van probando, y los unos van dejando lugar a los otros, tras demostrar la ineficacia de sus procedimientos.

Paulatinamente los individuos que se acercan a Gil de Rais por propia voluntad, van escaseando, es preciso ir a buscarlos a sus lugares de domicilio. De esto se encargan sus tres amigos. Nuevas pruebas... nuevos fracasos. Algunos de estos brujos, en vista de que no logran nada con los métodos ordinarios, aventuran la opinión de que nada se conseguirá sin la ayuda de Satán.

Gil, que aún conserva en toda su pureza el espíritu cristiano, expulsa de su lado a quienes así opinan; pero al aumentar en número, los de la misma creencia, lentamente se va incorporando a su espíritu esa maléfica idea.

Hasta él ha llegado la fama de los alquimistas italianos, y para conseguir que uno de los mejores venga a trabajar al castillo, se desplaza en su busca Eustaquio Blanchet.

Entretanto en Tiffauges continúan las probaturas, sin que se obtengan mejores resultados.

En vista de ello, Gil se decide a lo último: pedirá ayuda al Espíritu Maligno; nada dice de esto a sus primos y es él sólo, con la compañía de sus servidores Henriët i Poitou, y con el brujo de turno Juan de la Riviere, quien en una noche oscura y sin luna, se dirige a una selva próxima al castillo.

El caballero y sus dos escuderos se quedan en las lindes de la selva, en la que penetra el hechicero. El miedo se apodera de ellos, tiemblan ante nada, recellan de todo... un desgarrador grito de angustia, les tienta a huir... Heroicamen-